

»Tú, á quien la calumnia muerde
Lo más sensible del alma?
¿Tú, en quien el sarcasmo agota
Sus flechas enherboladas?

»Herido león, huiste
Á la selva solitaria;
Y allí memorias acerbadas
Te hacen más honda la llaga.

»Á ellas entregado vives;
¡Y, ¡ay! cuántas veces te halla
La noche en la actitud misma
En que te halló la mañana!

»¡ Dichoso, cuando á la sombra
En que tu pecho descansa
(La sombra, de los que piensan
Favorecida morada),

»Atento al tapiz musgoso
Que las rocas engalana,
Al sosiego de los campos,
Ó al tumulto de las aguas;

»Á la lozana verdura
De hierbas jamás holladas,
Ó á la nieve que los montes
Empinados amortaja;

»Á la bostezante gruta
De tenebrosa garganta,
Y de verde cabellera,
Con florecida guirnalda;

»Ó á la mar, do las antorchas
Del mundo su curso acaban,
Que como un pecho viviente
Respirando sube y baja;

»Ó siguiendo con los ojos
Desde la arenosa playa,
Al ligero esquife, alegre
Depósito de esperanzas,

»Que las velas tiende, y huye,
Huye, y rompe la delgada
Hebra que ata el duro pecho
Del marinero á la patria;

»Sobre el risco, donde tantos
Dispersos rumores vagan;
Bajo la espesura umbrosa,
Donde ni el silencio calla:

»Á los ecos das un eco;
Á las confusas palabras
De místicas armonías
Vibra tu mente inspirada;

»Y concurre al inmenso
Coro que todo lo abraza,
Lo que remontado vuela,
Y lo que humilde se arrastra;

»Coro de infinitas voces
Que suspende y arrebata,
Y en que la naturaleza
Á todos los seres habla,

V.

»Consuélate, que algún día,
Y no distante quizá,
El imperio de las almas
Á la tuya volverá;

»Y ha de verse, ante los ojos
Más obcecados brillar
Con nueva luz, de tu frente
La nativa majestad:

»Como joyel, á que el polvo
Deslustró la tersa faz,
Nuevamente acicalado
Para fiesta nupcial.

»En vano tus enemigos,
De la sátira mordaz
Contra tu pecho inocente
Aguzaron el puñal;

»Y divulgaron secretos
Fiados á la amistad,
Como quien derrama el agua
Sobre el camino real.

»En vano, en vano su furia
Humillada lanzarán
Contra tu nombre, á manera
De enhambrecido chacal,

»Que para saciar la rabia
De su apetito voraz,
Desgarra la última carne
Del hueso roído ya.

»Esos hombres que te ponen
Piedras en que tropezar
Y de asechanzas te cercan,
No, no prevalecerán.

»Pasarán, como vislumbres
Entre espeso matorral,
Que á merced del viento corren
Y no dejan huella atrás;

»Te detestarán, sin duda,
Con el rencor infernal
Que alimenta contra el cielo
El pecho de Satanás;

»Pero las voces de muerte,
Que como ardiente raudal
Salen de su boca impía,
Leve soplo extinguirá.

»Mira entretanto con ojos
De generosa piedad
Á los que de un bajo instinto
Arrastra el poder fatal;

»Á los que en densa ignorancia
Sumidos no ven rayar
Celeste albor, que ilumine
Su mísera ceguedad;

»Que llaman luz á la sombra,
Y bonanza al huracán,
Y andan á tientas, sin rumbo,
Sin ley, sin fe, sin altar;

»Al soberbio que levanta
Contra el débil el procaz
Estrépito del torrente,
Demolido el valladar;

»Á la mujer seductora,
Desamorada beldad,
Á quien la sonrisa, estudio,
Á quien es arte el mirar;

»Y en cuyo ropaje, suelto
Á los vientos, redes hay,
Redes que prenden las almas
En dura cautividad.

»Al ambicioso que trepa
Sobre el ambicioso, á par
De la hiedra, que á sí misma
Entretejiendo se va;

»Á la turba lisonjera
Que rinde á cada deidad
Efímera, el torpe incienso
De su adoración venal;

»Y á declamadores vanos,
Que hacen ruido y no más,
Oráculos que atestiguan
La insensatez general.

»¿Qué son contigo esos hombres
De un día, enjambre fugaz
De insectos que vió la aurora,
Y la tarde no verá?

»Ellos son viles, tú grande:
Es el interés su imán,
La gloria el tuyo: la guerra
Apetecen, tú la paz.

»Nada hay común á la suya
Y á tu carrera inmortal;
Ni se puede su alegría
Á tu dolor igualar.

»Que es sublime y grandioso
Espectáculo el que da
La mano dispensadora
Que reparte el bien y el mal.

»Y alejando al genio el cebo
De lo vano y lo falaz,
Lo labra con el arado
Que se llama adversidad.

VI.

¡Olimpio! Un amigo fiel
Entonces te hablaba así,
Queriendo apartar de ti
La henchida copa de hiel.

Sólo entre la turba larga
Que antes te halagó perjura,
Quiso de la desventura
Aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,
No de metal diferente,
Como el gran río á la fuente,
Como al esquife la nave,

Le hablaste—y cruzó veloz
Una sombra tu semblante;
Y un tierno afecto un instante
Hizo vacilar tu voz.

VII.

«¡No me consueles, ni te aflijas! vivo,
Pacífico y sereno;
Que sólo miro al mundo de las almas,
No á ese mundo terreno.

»Ni es tan perverso el hombre; la fortuna,
Liberal ó mezquina,
Tiñe en puro licór ó en turbias heces
La copa cristalina.

»Del estrecho teatro, que aprisiona
Tu pensamiento, el mío
Oye á lo lejos el rumor; y vuela
Á su libre albedrío.

»Si murmura la fuente, ó solitaria
Bulle una verde orilla,
Ó viene á mis oídos el arrullo
De amante tortolilla;

»Ó el esquilón de las exequias llora
En la torre sublime,
Ó de los sauces la colgante rama
Sobre las cruces gime;

»Paréceme que huella excelsa cumbre,
Á do conduce el viento,
De cuanto ser criado habita el orbe,
Una voz de lamento.

»Allí la pequeñez á la grandeza,
El barro al oro igualo;
Y exploro los arcanos del abismo,
Y el firmamento escalo.

»Cuando el humo lejano se levanta
De humilde choza, pienso
Que en el ara se exhala, do se quema
Á Dios devoto incienso;

»Y de dispersas luces por la noche
Sembrada la llanura,
El infinito espacio tachonado
De soles me figura.

»Contemplo allí de lejos cuanto puebla
La tierra, el mar profundo,
Y miro al hombre, misterioso mago,
Atravesar el mundo.

»Y como suele el pájaro á su pluma,
Me entrego al pensamiento;
Y entiendo qué es la vida, y lo que dice
Aquel doliente acento.

»¿Y quieres que murmure de mi suerte?
¿Cuál es el hombre, dime,
Á quien, parcial el cielo, de la carga
Universal exime?

»Yo, que lóbrega noche vivo ahora,
En mi denso horizonte
Conservo, cual rosada luz, que deja
La tarde en alto monte,

»La llama del honor, divina lumbre,
Que en apacible calma,
Todavía ilumina lo más alto,
Lo más puro del alma.

»Sin duda un tiempo—¿qué razón temprana
De este modo no yerra?—
Sueños dorados vi, cuales el hombre
Suele ver en la tierra.

»Vi alzarse mi existencia coronada
De visiones hermosas;
¡Mas qué! ¿Debí juzgar que fuese eterna
La vida de las rosas?

»Las ilusiones que tocar pensaban
Mis infantiles manos,
Disipó la razón, como disipa
La aurora espectros vanos,

»Y digo ya á la dicha lo que dice
Navegante que deja
El suelo patrio, á la querida orilla
Que más y más se aleja.

»Señala Dios á todo ser que nace
Su herencia de dolores,
Como, á la aurora, un amo á sus obreros
Reparte las labores.

»¡Animo, pues! ¿Qué importa á un alma grande,
Destello peregrino
De antorcha celestial, eso que el hombre
Suele llamar destino?

»Ni elación en la frente generosa,
Ni aparece desmayo,
Ora brille en los ojos la serena
Luz del día, ora el rayo.

»Brame allá abajo la preñada nube
Que tempestades mueve,
Y su tranquilidad conserve el alma,
Cual la cumbre su nieve.

»Forceja en vano el rebelado orgullo
Contra la ley severa
(Necesidad ó expiación se llame)
Que al universo impera;

»Rueda fatal, que á todo lo criado
En movimiento eterno
Girando abrumba, y de una mano sola
Reconoce el gobierno.»

LA ORACIÓN POR TODOS.

IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.

I.

Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su rueda de cambiante nácar
El Occidente más y más angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡He aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados
Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
Fe en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre la cuna volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños.

Visiones que imitar no osó el pincel,
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Rosas, como lo chupan las abejas
Á la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oración sencilla
Adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

II.

Ve á rezar, hija mía. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el ser, y la mitad más bella
De su existencia ha vinculado en él;
Que en su seno hospedó tu joven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre
Lo necesito yo!..... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
Á muchos compasión, á nadie envidia
La vi tener en mi fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos..... ni lo sean
Á ti jamás..... los frívolos azares

De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipan la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo y sé su alevosía;
Y tal vez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nos da,
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataúd.
La tentación seduce; el juicio engaña:
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste:
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres grandeza; eres bondad. ¡Perdón!»
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oración.

Todo tiende á su fin; á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
Á la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer;
Y la abejilla en el frondoso valle,

De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oración en alas de paloma
Á la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga
Que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz,
Y pura, finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mía,
Como arde el incensario ante la cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos.
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno exprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen sólo
El favor del cielo implores;
Por justos y pecadores
Cristo en la cruz expiró,

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Fundá insensata altivez;
Y por el mendigo humilde

Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino,
Porque le dejen la hez;

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obsceno
De nocturna bacanal;
Y por la velada virgen
Que en su solitario lecho,
Con la mano hiriendo el pecho,
Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la aflicción;
Que no da sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caído,
Ni da á la injuria perdón;

Por el que en mirar se goza
Su puñal en sangre rojo,
Buscando el rico despojo
Y la venganza cruel;
Y por el que en vil libelo
Detroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel;

Por el que surca animoso
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor;
Por la razón que leyendo
En el gran libro vigila;
Por la razón que vacila,
Por la que abraza el error.